

Miguel Ángel del Arco Blanco, *Cruces de memoria y olvido. Los monumentos a los caídos de la guerra civil española (1936-2021)*. Barcelona: Crítica, 2022, 449 págs.

Pasan los años, caen viejos mitos, nacen nuevas leyendas; van y vienen autores y tendencias, pero al revisitar la Historia contemporánea de España, la Guerra Civil sigue presentándose ante nosotros como un antes y un después. Un acontecimiento que marcó la vida de los españoles, sancionando la muerte de cientos de miles de ellos durante y tras el conflicto, condicionando su memoria e influyendo decisivamente en las culturas políticas implementadas por la dictadura durante casi cuarenta años. Y es que la guerra fue “la hora cero de la cultura del franquismo”. El momento crucial en el que el culto a una violencia, de raíces coloniales, ejercida contra la “anti-España” se encontró con el nacional-catolicismo preconizado por las derechas españolas de entreguerras, y se hizo carne en la imagen de la España rebelde. Una “Nueva España” construida a sangre y fuego, al calor de la “Cruzada”, en el altar del sacrificio a los “caídos por Dios y por España”.

Sin embargo, en la Europa de entreguerras el mito a los caídos desarrollado en España desde 1936 no fue novedad. De hecho, tal y como apunta Miguel Ángel del Arco, el origen del mismo, así como el de los monumentos que lo acompañan, hemos de situarlo en pleno siglo XIX, aunque alcanzaría su zenit tras la Primera Guerra Mundial. Desde 1914, Europa había visto morir a sus hijos en trincheras y campos de batalla; fusilados, a golpe de bayoneta, gaseados o bombardeados. Nadie en el viejo continente quedó al margen de la guerra total. Pero cuando los cañones enmudecieron en 1918, de ellos emergieron una serie de memorias traumáticas que, en clave militar, masculina y nacional, dieron lugar a miles de monumentos conmemorativos que, junto a una potente industria cultural en la que la literatura y el cine fueron protagonistas, potenciaron, como nunca antes, el mito a los caídos.

Veinticinco años más tarde, la Segunda Guerra Mundial rompería el molde. No en vano, en la compleja realidad sobrevenida tras el conflicto, la mayoría de países europeos, incluida la Unión Soviética, se enfrentaron a diferentes procesos de (re) construcción de sus propias identidades y memorias nacionales. Lo hicieron evitando lidiar con los episodios complejos de su propio pasado, omitiéndolos de sus respectivas memorias colectivas, identificándolos como acontecimientos alejados de la trayectoria normal del devenir de sus respectivas naciones. Construyendo en positivo una serie de relatos que, en clave nacional y masculina, ensalzaron sus respectivos movimientos de resistencia y el sacrificio –hasta las últimas consecuencias– de quienes formaron en ellos. Un fenómeno que fue especialmente importante en Italia, Yugoslavia, Noruega, Polonia y Francia. País este último en el que, tras la rendición de la Alemania nazi, los monumentos a los caídos durante la *Gran Guerra* se llenaron de placas y leyendas en honor a los caídos entre 1939-1945.

Años antes, en el periodo de entreguerras, el mito a los caídos resultó herramienta esencial en la construcción de los relatos fascista italiano y nacionalsocialista alemán. Y es que ambos, además de servirle en bandeja la victoria a Franco en España, llevaban años entregados al culto a la violencia y a sus héroes muertos en el altar de la Patria. Sus memorias, como indica Del Arco, fueron instrumentos fundamentales a la hora de modelar las identidades individuales y

colectivas de comunidades nacionales restringidas y excluyentes de la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini y, como demuestra Del Arco, de la España de Franco. Una España que, para honrar a sus muertos, y solo a los suyos, desarrolló su propio mito de los caídos, los cuales, en la cultura falangista de preguerra, no morían por Dios, sino por España. Y que, a partir del verano de 1936, una vez el mito fue integrado en el relato de la Cruzada, lo hicieron “por Dios y por España”, en defensa de la España sublevada. De la verdadera España. Una España católica y tradicional enfrentada al ateísmo, a la España roja, masónica y materialista. Enfrentada a la “anti-España”.

Entre 1936 y 1975 el franquismo llenó esa “España verdadera” de monumentos a los caídos, entre los que las *cruces de memoria y olvido* fueron el eje central de una política memorial que Del Arco analiza en la larga duración del régimen. Y lo hace reflexionando sobre los apoyos sociales con los que contaron primero los rebeldes y más tarde las autoridades franquistas para construir estos monumentos. Estudiando el carácter simbólico de los mismos y la memoria excluyente que transmiten. Apuntando que esas cruces se concibieron para honrar únicamente a quienes ganaron la guerra. Y subrayando que fueron herramientas esenciales de la censura sistemática de los recuerdos de posguerra ejercida por el franquismo. Una detracción puesta en práctica en beneficio de la construcción de una memoria colectiva monopolizada por el régimen concebida para para silenciar o resignificar la memoria popular de la “anti-España”. Para eliminar todo símbolo de conexión entre el pasado de España y el proyecto republicano. Para ello, Miguel Ángel del Arco estructura su obra en tres partes.

En la primera, analiza la construcción del mito de los “caídos por Dios y por España”, presentándolo como elemento clave de una memoria franquista decidida a reconquistar el espacio público español a través de una serie de conjuntos monumentales concebidos –solo– para honrar a los caídos en el bando rebelde. Monumentos presididos por cruces imponentes que reposan (o reposaban) sobre el relato excluyente de la victoria de Franco en España. Cruces de piedra pensadas para perdurar, colocadas estratégicamente, que tenían (tienen) una función múltiple: no olvidar la guerra y su significado, renacionalizar los lugares de memoria en los que fueron colocadas, y condicionar el día a día de quienes convivieron (conviven) con ellas. Y es que los héroes de la Cruzada debían ser modelo de generaciones futuras, y para ellos cabía reservar un lugar preeminente en el espacio público español.

En la segunda, reflexiona sobre el significado de los monumentos incluyendo en su análisis un estudio material, tipológico y artístico-estético de los mismos. De dicho estudio, Del Arco extrae una interesante conexión entre el estilo monumental y clasicista de los monumentos y la memoria colectiva de los vencedores. Un vínculo entre la edad de oro imperial española y la victoria de Franco en la guerra, recordada durante décadas (al menos hasta octubre de 2007) por una serie de emblemas, escudos, leyendas, altares y esculturas impuestas por la memoria oficial del franquismo. “Una memoria en piedra: que debía de ser inmutable, superar el paso del tiempo y perdurar eternamente”. Una memoria construida en torno a la cruz, el elemento de representación elegido por el régimen para recordar a los suyos, que tuvo en el Valle de los Caídos (actual valle de Cuelgamuros) su símbolo más destacado. A él dedica el Del Arco el último capítulo de la segunda parte de su obra, síntesis perfecta de lo que la España franquista quiso lograr con esta particular política monumental, tan colosal como las aspiraciones imperiales de la Nueva España. Tan excluyente como la victoria de Franco

en la guerra y el relato de los vencedores. Una obra “compleja y meditada”. Una “metáfora de la presencia del pasado en el presente”. Una excepción europea.

A mediados de los años 1960 las cruces empezaron a resquebrajarse, y si bien el calendario de fastos y fiestas no se vio alterado, los monumentos empezaron a acusar el paso de un tiempo que se aceleraba a medida que el ocaso del dictador se aproximaba. De esa evolución en piedra se ocupa la tercera parte de la obra. En ella Del Arco realiza un interesantísimo recorrido por la vida útil de estos monumentos desde 1939 hasta 2021, prestando especial atención a la interacción de las cruces con la sociedad. Navegando desde la aceptación impuesta por el régimen, a la contestación surgida en los últimos años del franquismo. Y deteniéndose en el estudio de la especial relación que mantuvieron con los monumentos a los caídos la(s) memoria(s) popular(es) que comenzaron a emerger en democracia, especialmente en la esfera local.

Para terminar, una reflexión. Pese a la excepcionalidad ibérica, el magnífico trabajo de Miguel Ángel del Arco me sugiere una particular conexión: la del destino de las cruces, la evolución de la memoria franquista que las sustenta y el surgimiento de otras memorias, hasta entonces silenciadas, de la Guerra Civil con la evolución de las narrativas míticas de posguerra europeas surgidas al término de la Segunda Guerra Mundial. Y es que, en la década de los años 1960, momento en el que por primera vez desde que terminara el conflicto mundial, estas narrativas fueron desafiadas (primero en Alemania, más tarde en Francia durante la década de 1970, y posteriormente en Italia, tras el colapso del comunismo y el nacimiento de la Segunda República) se abrió en Europa un nuevo e incómodo espacio en el que múltiples versiones competitivas del pasado se iban a encargar de reevaluar el nuevo escenario europeo de post-Guerra Fría.

Entonces, en España, monumentos y cruces empezaron a mostrar símbolos de desgaste. La “piedra eterna” en la que fueron concebidos se quebró al tiempo que comenzaban a tambalearse los cimientos del mito a los caídos que fue plenamente desafiado en democracia. Primero en 1979 (excepcionalmente incluso antes) desde el asociacionismo y los nuevos poderes locales. Y a partir del año 2000 al amparo de la ley conocida como de “memoria histórica”, momento en el que, como indica Del Arco, eclosionaron las “batallas por la memoria” de la guerra y la dictadura de Franco. A todas ellas, y a la relación que estas mantuvieron con los monumentos estudiados dedica el autor el último capítulo de esta obra. Un completo ejercicio de historiador, crítico con los límites de una(s) memoria(s), a la(s) que siempre mira interesado desde la Historia, ejerciendo con rigor la profesión, resuelto en método y pluma, combinando fuentes de orígenes diversos en un relato complejo que incorpora también las percepciones de quienes protagonizaron el conflicto antes, durante y después de que las armas rigiesen en España. Antes, durante y después de que las *cruces de memoria y olvido* invadiesen el espacio y la(s) memoria(s) de las y los españoles.

Diego Gaspar Celaya
Universidad de Zaragoza (España)
dgaspar@unizar.es

Fecha de recepción: 22 de diciembre de 2022.

Fecha de aceptación: 27 de diciembre de 2022.

Publicación: 31 de diciembre de 2022.

Para citar este artículo: Diego Gaspar Celaya, “Miguel Ángel del Arco Blanco, *Cruces de memoria y olvido. Los monumentos a los caídos de la guerra civil española (1936-2021)*, 449 págs.”, *Historiografías*, 24 (julio-diciembre, 2022), pp. 160-163.